

dio, el cine y los electrodomésticos, que revolucionaron el estilo de vida en las ciudades. Al lado de estas novedades, se hace propaganda a otros bienes y servicios: cigarrillos ofrecidos por mujeres para hombres y mujeres, taxis, vidrio, cemento, etc. A fines de los años treinta aumenta la variedad de productos y, por supuesto, de los avisos publicitarios. Para sobresalir entre el montón, se necesita ser especial, y la ilustración se vuelve el mejor apoyo para lograrlo. Por esos años se siente la influencia de los afiches de Toulouse-Lautrec, y Enrique Uribe White publica la revista Pan, que se destacó por la creatividad en los diseños. Para entonces había artistas de la talla de Ricardo Rendón, José Posada, Sergio Trujillo y Arturo Arango, que trabajaban en la rama de la publicidad.

Después de la segunda guerra mundial, con el avance y la velocidad de los medios de comunicación, se desarrolló y diversificó la publicidad. Cada vez más decisiones se toman en los hogares en vez de las plazas públicas. Si antes se resaltaba el producto mismo, ahora el interés se desplaza a aquel a quien se dirige el mensaje. Vuelve el texto a ocupar un lugar importante; es el que le da sentido a la imagen. Crece la lista de artículos y servicios anunciados.

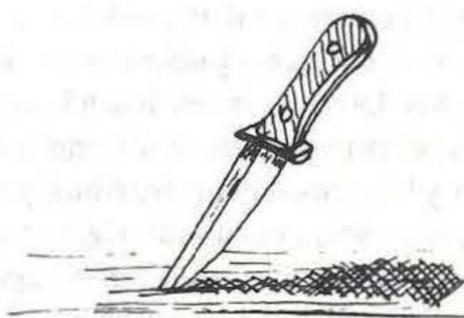
En los años sesenta, los jóvenes conforman un grupo sui generis y se convierten en un nuevo blanco para el publicista, que los aborda con un lenguaje que trasciende las fronteras nacionales. En general, los ciudadanos, más y más apretujados, aparte del material impreso y de los avisos y vallas, reciben a diario un mundo de imágenes en vivo por la televisión, así que para poner de relieve un producto se debe azuzar la imaginación visual. Hoy esta época se recuerda como creativa. Después vendría cierta decadencia, otra vez a causa de la recesión económica. La competencia obliga a vender como sea, y se profesionaliza la publicidad.

Cien años de publicidad gráfica en Colombia es un libro bien editado, uno de cuyos méritos proviene de la cuidadosa selección de los avisos publicitarios de fines del siglo pasado

y primera mitad del presente. Para cubrir la muestra de los años más recientes se usaron avisos pagados. Aquí las propagandas están fielmente reproducidas, algunas en blanco y negro, otras en color, y las más especiales ocupan toda la página. Siempre se indica la fuente y la fecha de publicación; al final del libro se encuentra un índice temático de acuerdo con el nombre del producto anunciado.

Esta recopilación, sin antecedentes en el país, recoge parte de nuestro patrimonio visual. Las propagandas han desempeñado un papel importante en moldear el gusto y los usos y son buen indicador de los cambios en la cultura material y otros aspectos de la sociedad en el transcurso de los años.

PATRICIA LONDOÑO



Abominables poemas del gran Luis Vidales

Poemas del abominable hombre del barrio de Las Nieves

Luis Vidales

Ediciones Aurora, Bogotá, 1985

El 25 de febrero de 1926 apareció en Bogotá *Suenan timbres*. Cincuenta años después, sin que su autor hubiera publicado más libros de versos, se realizó la segunda edición, esta vez con prólogo y epílogo del autor, además de comentarios de Luis Tejada, Eduardo Carranza, Fernando Arbeláez, Alberto Lleras. Todos, comentarios elogiosos; todos, comentarios acertados: en 1976, en sus bodas de oro, *Suenan timbres* seguía siendo, como hoy, un libro regocijante, fresco, directo, sutil, humorístico.

Un poeta que está en las antípodas estéticas y políticas del autor de *Suenan timbres*, Eduardo Carranza, escribe: "Es necesario decir que Luis Vidales fue, entre sus contemporáneos, el único que escribió a la altura de su tiempo, el único que se plantó con un libro extraordinario en la vanguardia, el único que incorporó a su poesía las nuevas criaturas lucientes de la técnica, la inquietud revolucionaria que surgía con las primeras victorias del socialismo, y los tesoros oníricos que venían de la inmersión freudiana en el subconsciente [...] En *Suenan timbres* hay agilidad, brillo, ingenio, humor y, a menudo, ternura y lirismo".

Suenan timbres, este primero y, por 52 años, único libro de Luis Vidales tiene mayor valor cuando a estas alturas es todavía legible y cuando se piensa en las circunstancias que se vivían en la poesía colombiana en ese momento: a pesar de que la revolución de los imaginistas ingleses había sucedido en 1910 y de que de esas fechas son los poemas de Blaise Cendrars y Guillaume Apollinaire y de que muy poco después aparecieron los poemas de Vicente Huidobro y de que etcétera y etcétera, en Colombia, por aquellas calendas, seguíamos en el modernismo. El primer remezón lo pegó Ciro Mendía —un poeta que está por estudiarse, particularmente en su papel de protovanguardista—, pero el mayor impacto, desde ese momento, siempre lo causó *Suenan timbres*.

Sobre este hilarante libro ha descansado el prestigio del poeta Vidales, ya coronado con distinciones como el premio de reconocimiento de la Universidad de Antioquia y el premio Lenin, otorgado por la Unión Soviética.

En 1978 se publicó el segundo libro de Vidales, *La obrerada*, del cual el único elogio que puede hacerse consiste en decir que es mejor que los *Poemas del abominable hombre del barrio de Las Nieves*.

Si el autor del libro que aquí se comenta no fuera un poeta reconocido, no valdría la pena reseñarlo: simplemente merecería sumarse a los cincuenta o cien volúmenes de versos

intrascendentes que se publican al año en Colombia. La cuestión aquí es precisamente ésa: que no se reconoce por ninguna parte al autor de *Suenan timbres*, ese Luis Vidales regocijante; pareciera que el autor de los *Poemas del abominable hombre del barrio de Las Nieves* fuera otro individuo sin el tino y la frescura del otro. Pero no; ahí está la evidencia, contra el estupor, y estos poemas los firma, también, un Luis Vidales, esta vez sin gracia, sin originalidad, sin emoción lírica, sin fuerza en sus versos políticos.

En el prólogo de la segunda edición de *Suenan timbres* (Colcultura, 1976), dice Vidales que “he ensayado acentos, dejos, verso libre, verso rimado, poesía sencilla, poesía compleja, qué sé yo. Busco por todos lados, no quiero anquilosarme. Una especie de angustia me lleva a meterlo todo dentro de un gigante laboratorio”. Pues bien, *Los poemas del abominable...* son una muestra de ese laboratorio de Vidales: en este libro hay de todo eso, rescatado —como dice el prologuista, José Luis Díaz Granados— “de los centenares de carpetas de sus textos inéditos”. Aquí hay de todo.

Aquí hay de todo; este libro es una especie de desafortunado muestrero del “gigante laboratorio” o de los “centenares de carpetas” de Vidales. Lo grave es que nada se salva. Nada. Y al amante lector de *Suenan timbres* le queda la esperanza de que se haya tratado, simplemente, de una mala escogencia. Porque acaso lo único que puede decirse en su favor es que allí hay algunos pasables versos festivos. Pero si se comparan con la buena poesía humorística y festiva que se ha producido en el país, esto tampoco significa mucho.

Vale la pena hacer un recuento de la mezcla que hay en este libro: una traducción del poema de Louis Aragon al partido comunista (que se recuerde, Luis Vidales es el único comunista colombiano que ha sido obligado a hacer profesión pública de obediencia; en 1935 fue acusado de desviacionismo y escribió: “Declaro que ceso toda oposición ideológica contra la actual dirección del

partido y que en lo sucesivo aceptaré su política”; no obstante fue degradado del comité central y se le mandó a trabajar con la base), una parodia de un villancico, una nada memorable colección de coplas, lo mismo en décimas, verso libre rimado, verso libre sin rima, hay una oda elemental a la panela, hay versos de amor y de amor a Colombia y política, y elegías a los héroes del comunismo. Y por supuesto hay sonetos, sonetos convencionales convencionalmente rimados —uno o dos casi líricos— y está también el archiconvencional soneto contra el soneto.

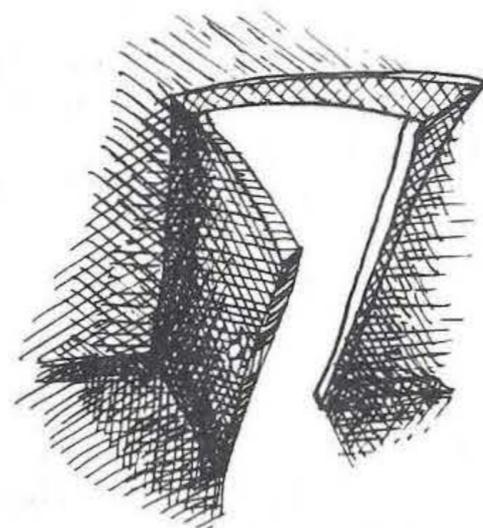
Hay de todo; pero nada se salva, contrariando una ley física: por malo que sea un libro, siempre habrá uno o dos chispazos, uno o dos versos hermosos. Aquí no. De ahí la duda, o bien sobre el gusto de quien escogió los poemas, o bien sobre si se trata del mismo autor de *Suenan timbres*.

Pensando en el rechazo que en su momento provocó *Suenan timbres*, podría suponerse que el rechazo de ahora significa que los *Poemas del abominable...* es tan innovador como aquél. Es posible. El juicio de una nota bibliográfica, por su inmediatez, está más cerca del periodismo que de la historia. Pero resulta que en *Suenan timbres* todo era nuevo: los temas, el tono, la forma. En cambio en este libro nada es nuevo: es muy difícil que en formas tan convencionales y tan convencionalmente usadas, haya alguna innovación: usar recursos vanguardistas o hacer chistecitos es tan anacrónico como atacar el soneto.

Hay un presentimiento general: estamos en unas vísperas; algo muy nuevo se acerca, una poesía distinta que modelará la sensibilidad del hombre del nuevo milenio. Algo muy nuevo a la medida de un nuevo hombre. Una oscura intuición dice que antes vendrán los destructores de las formas obsoletas; lo que es seguro, es que esa destrucción no se operará desde adentro, a lo kamikaze: el soneto o la copla o la décima o el verso libre o la imagen o la rima no se destruyen escribiendo mediocres sonetos, coplas, décimas, versos

libres, imágenes o rimas. Si así fuera, hace mucho que estas formas, con todos sus tics y vicios y lugares comunes, hubieran sido aniquiladas por el peso creciente de tantos mediocres poemas que se publican.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO



Neocolonialismo y nostalgia hablada

Frente al mar donde el sol duerme
María Victoria Perea
Editorial Plaza y Janés, Bogotá, 1984,
272 págs.

“Telmo, Telmo Vargas, ¿qué has hecho de tu vida?”. Con este lamento invocatorio comienza la primera novela de María Victoria Perea, trabajo que se enmarca dentro de la narrativa que se decide a explorar el choque violento que ha producido la irrupción del progreso y la civilización en culturas esencialmente míticas, arraigadas en la tierra, cuya cultura ha sido conservada por medio de la tradición oral y la ritualización de las costumbres.

Telmo Vargas, personaje protagónico erigido en símbolo de una colectividad que se destruye a sí misma, cegada por la ambición del dinero, evoca, desde su agonía en una lancha perdida en el mar, la historia de su pueblo; pueblo cuyos orígenes se remontan a los tiempos de la colonización, cuando don Juan Manuel de Vargas, loco excéntrico, reparte arbitrariamente la tierra con los Carreños, antes servidores de los Vargas, después erigidos en señores propietarios.